

La historia contemporánea española en los diez últimos años

La presente reflexión acerca de la evolución de la Historia Contemporánea española en los últimos tiempos tiene mucho de personal y, por lo tanto, en cierto sentido, de arbitraria. No se pretende hacer un estudio detallado de la evolución de nuestro conocimiento histórico más reciente sino, más bien, tratar de reflejar una experiencia personal y un punto de mira muy particular: es el de un historiador de la política del siglo **XX** español, limitado, por lo tanto, en su conocimiento y en su dedicación. El presente trabajo no es, además, un estudio de historiografía y, por lo tanto, no serán mencionados explícitamente historiadores que hayan seguido un rumbo semejante o por completo distinto del preferido por el autor de estas páginas. En cambio, dado su carácter intrasferible-mente personal, no sólo se va a emitir un diagnóstico sobre el pasado sino también una voluntad de conducirlo en un determinado sentido, hacia el futuro.

Para empezar a poder describir lo sucedido en España es necesario hacer una obvia referencia a lo acontecido en la Historia Contemporánea fuera y más allá de nuestras fronteras. En 1968 el historiador norteamericano Hexter escribió que «nunca como ahora se había hecho una Historia tan competente, vigorosa y juiciosamente» pero al mismo tiempo nunca como ahora la Historia había consistido en «una masa de trivialidades stupidizadoras tan enorme y sofocante» gracias a la cual cada vez se sabía más de cosas cada vez menos interesantes». Esta paradójica afirmación contenía buena dosis de verdad. La multiplicación de las publicaciones históricas no quería decir, necesariamente, que de ellas surgiera un conocimiento del pasado más profundo y valioso. Pero lo que más nos interesa no es tanto ese contraste de calidad en una cantidad siempre creciente de estudios históricos como la tendencia seguida en los últimos años. Me referiré, fundamentalmente, a la Historia de la contemporaneidad más reciente y respecto de ella, ya una cierta lejanía nos permite comprobar una línea de tendencia perfectamente clara.

La renovación metodológica de la historiografía, acontecida fundamental-

mente en Francia, supuso para la Historia política de la contemporaneidad una situación paradójica. En cierto sentido se produjeron innovaciones metodológicas gracias a esa vinculación con el resto de las ciencias humanas que los historiadores franceses consideraban como absolutamente fundamental para la historiografía moderna. En este sentido, por ejemplo, habría que citar la valía de los estudios de sociología electoral emprendidos en Francia por un Barral o un Dupeux. Sin embargo, lo cierto es que la Historia de la política fue también considerada, con el paso del tiempo, como algo digno de ser evitado. Como muy bien ha escrito Remond, la historiografía política se había convertido, con el paso del tiempo, en «una rama reseca y casi inexistente».

Ello era muy lógico, de acuerdo con los principios de la historiografía francesa de la época. La historiografía política tiene a menudo como centro al individuo y Braudel escribió que la Historia de corta duración podía ser «la más apasionante y la más rica en humanidad» pero también «la más peligrosa». De ahí el rechazo a lo individual. Pero ese rechazo a lo individual se traducía también en el rechazo de lo político. «Destronar a la Historia política fue el primer objetivo de «Annales», ha escrito Le Goff. Si bien se mira los grandes hallazgos de la historiografía francesa contemporánea no se encuentran, desde luego, en el terreno de la Historia política: el cuarenta por ciento de «Annales» está dedicado a temas económicos durante sus años de mayor influencia. De Braudel se ha escrito que poseía y practicaba «una antipatía apasionada y a veces poco razonable» por el mundo de la política. Finalmente, la escuela francesa de «Annales» no sólo condenaba lo individual y lo político sino también lo contemporáneo. Ha señalado Burguière que hasta 1939 de un tercio a la mitad de la producción historiográfica francesa se basaba en cuestiones de actualidad, pero que a partir de aquella fecha prácticamente la Historia más contemporánea fue considerada como carente de sentido o científicamente poco presentable.

Claro está que existía también en Europa una tradición anglosajona que respetó siempre la Historia política y que la convirtió en el eje más importante de la producción historiográfica. Esta tradición tuvo también un aspecto indudablemente innovador en lo que hace referencia, por ejemplo, a la destrucción de las ideas comúnmente aceptadas acerca de la evolución política o en lo que se refiere a la búsqueda de nuevas fuentes que permitieran el mejor conocimiento de una etapa pasada. En cierto sentido se ha producido una confluencia entre esta tradición anglosajona y una reacción contra esta situación descrita líneas atrás para la historiografía francesa. La revuelta contra lo individual, contra la política y contra lo contemporáneo ha sido sustituida por una parcial vuelta a estos mundos y a estos terrenos de investigación. Ello tiene una lógica evidente y es que en el mundo contemporáneo el Estado significa un protagonismo esencial en la vida social. El Estado está siempre presente y, además, su comportamiento es paradigmático para la comprensión de la evolución social. Pero es que, además, se ha producido lo que Stone ha denominado como el retorno a lo narrativo. En el fondo se trata de descubrir que no existen razones para la aceptación de los principios del determinismo que más o menos estaban implícitos

en la original tendencia de «Annales». Tampoco la Historia cuantitativa ha dado los resultados que podían esperarse originariamente ni se ha demostrado que todo problema político sea en realidad un problema económico mal propuesto. Incluso, la tendencia actual de la historiografía vuelve a la consideración de la Historia como un tipo de Literatura en el que, si la Sociología sigue desempeñando un papel inspirador metodológico importante, quizá, en cambio, le corresponda un papel creciente a la Antropología. Persona tan representativa de los «Annales» como Chanun hablaba de la falta de prudencia y sentido de la medida con que se concluyó con el relato narrativo y con la historiografía política.

En España la recepción de la escuela de los «Annales» en el terreno de la historiografía contemporánea ha tenido una peculiaridad. Indudablemente ha proporcionado el esquema interpretativo fundamental para ese tipo de historiografía, pero se ha limitado a dar una mayor relevancia al factor económico y social en la interpretación del acontecer humano sin que por otro lado existieran elaboraciones monográficas suficientes. Ha impuesto, además, una preferencia historiográfica por determinados temas como, por ejemplo, el movimiento obrero. Y, con relación a Francia, ha presenciado un desarrollo de lo contemporáneo muy por encima de lo que se daba en aquel país. La Historia contemporánea se ha beneficiado no sólo de ese atractivo de lo más reciente, que es habitual en otros países, sino también de la toma de conciencia sobre el más reciente pasado, lógica en un país que vivía en un régimen dictatorial, y de la utilización elíptica de las investigaciones científicas para moldear el presente, lo que tiene también, desde luego, una perfecta lógica dado el momento político que se vivía. A pesar de que estos motivos para el cultivo de la historiografía contemporánea puedan parecer ambiguos lo primero que habría que afirmar es que esta preocupación ha tenido un resultado positivo que se puede apreciar simplemente echando la vista sobre las relaciones bibliográficas aparecidas en los últimos tiempos acerca de la Historia contemporánea española. Conocemos mucho mejor, en el momento presente, la actitud de los partidos, el desarrollo de las elecciones, los grupos de presión, el papel del Ejército en la política, la prensa, las izquierdas y las derechas, etc... Sin embargo, este aspecto que se puede considerar como positivo tiene que ser, no obstante, objeto de una crítica y de una discriminación en cuanto a la valía relativa de cada texto de esta inmensa producción historiográfica. Las líneas que siguen pretenden no poner en duda la valía de la historiografía española contemporánea sino rectificar unos rumbos que pueden ser peligrosos si se acepta el mantenimiento sin más como óptimo de la situación actual. En un artículo que data ya de algunos años Alvarez Junco y Pérez Ledesma hablaban de la necesidad de repensar la Historia del movimiento obrero español. Se trata, por supuesto, de eso; pero se trata, también, de repensar el planteamiento de la totalidad de la historiografía contemporánea y, en especial, de la historiografía del siglo XX. Para llevar a cabo este replanteamiento es necesario empezar por rectificar la situación presente en algún aspecto fundamental.

Me parece, por ejemplo, que uno de los males que padece la historiografía contemporánea española es el del exceso en la divulgación. Desde 1965 la historiografía contemporánea española se ha centrado sobre problemas como el de la república y el de la guerra civil y, verdaderamente, hasta bien entrada la década de los setenta, esta ha sido la cuestión fundamental, por lo menos respecto de la atracción del público lector. Esto ha concedido a los historiadores de la contemporaneidad un papel fundamental en los debates intelectuales e, incluso, en los debates de la vida pública española en general. Pero ese centrarse excesivamente no en los conocimientos monográficos sino en la divulgación más o menos ensayística ha reducido a la historiografía española a la condición, en la realidad, de prehistoriografía. Los historiadores han padecido del pecado de practicar en exceso el paralelismo entre situaciones del pasado y situaciones del presente. Han aceptado, además, entre sus filas a quienes manifiestamente no eran profesionales de su especialidad. Uno de los juicios más peregrinos que recuerdo haber leído acerca de un escritor (que no historiador) de considerable éxito, es el siguiente: «no es historiador y por ello su libro más que una obra histórica es un ensayo periodístico muy bueno». En un país de cultura desarrollada no se permitirían este tipo de intromisiones en el mundo de una disciplina científica que tiene un ámbito perfectamente claro. Pero, además, en la España más reciente, no sólo se ha primado la divulgación sobre la investigación, sino que se ha divulgado la *no* investigación; la consecuencia es que se ha caído con frecuencia en el ensayismo. El peligro de la historiografía contemporánea española no es el exceso de erudición sino el exceso de ensayismo que, sea de derecha, de izquierda o de centro, resulta, en su misma esencia, no sólo insuficiente sino también negativo.

En parte ello se explica por la peculiar recepción de las fuentes de primera mano en nuestra historiografía contemporánea. Ángel Viñas ha hablado de que la historiografía española contemporánea está poblada de «descripciones superficiales, interpretaciones puramente valorativas o una mezcla de ambas» y, si esto es verdad, se debe, en buena medida, a la ausencia de fuentes. Por supuesto existen las fuentes hemerográficas pero, en cambio, puede decirse que el grado de destrucción de los Archivos públicos y privados españoles no tiene comparación con el producido en otros países: incluso después de la muerte de Franco se ha seguido destruyendo documentación, por ejemplo, relativa a la censura. La ausencia de fuentes se ve agravada por el hecho de que gran parte de los fondos que lógicamente debieran estar en Archivos públicos han pasado a Archivos privados, al abandonar los dirigentes políticos el puesto administrativo que ocupaban. Tan es así que hay incluso que felicitarse del hecho de que en determinados aspectos el Estado haya resultado particularmente represor: el Archivo de Salamanca, producto de una incautación documental represiva, es uno de los fundamentales para el conocimiento de nuestra Historia más reciente. Todo esto hace a la Historia contemporánea española particularmente efímera, incomparablemente más que lo que lo pueda ser la de cualquier otro país europeo contemporáneo.

Un inconveniente también obvio en la historiografía contemporánea española es lo que podría denominarse como el compromiso retrospectivo. Es evidente que un historiador no es un ser aislado que, en la selección del tema a investigar o en la forma de tratamiento, pueda dar interpretaciones absolutamente asépticas. Un historiador actúa desde el presente y con el respaldo de una trayectoria personal y de unas preocupaciones intelectuales. Pero la verdadera valía de su obra ha de medirse por la capacidad de utilizar la documentación inédita, por la voluntad de comprender y por un cierto alejamiento de las cuestiones tratadas. En España se hace alusión, con demasiada frecuencia y con resultados ciertamente discutibles, a la Historia como «herramienta» para construir el presente, al «diálogo permanente» entre el historiador y el momento actual o, incluso, a la «Historia subversiva», capaz de tener una influencia directa sobre lo político. La verdad es que tendríamos que ser más modestos a la hora de juzgar el papel del historiador. Hacemos Historia porque no nos queda más remedio, sencillamente. Chaunu escribió que «desde hace dos mil quinientos años en Occidente, una de cada dos páginas que se producen es de Historia». Pero esta inevitabilidad de la Historia no quiere decir que con ella podamos construir, de forma inmediata, un mundo mejor. La Historia nos libera del pasado y es la paz porque es la comprensión, pero no tiene una función política específica y concreta. En la Historia española es necesario mayor extrañamiento con respecto a los sujetos estudiados; es necesario el ejercicio de la ironía y no de la beligerancia. Es necesario tratar de comprender y no odiar o amar a Fernando VII.

Otro aspecto de la historiografía española contemporánea es lo que se podría denominar como la «trampa metodológica». A veces se puede comprender mucho mejor el pasado utilizando métodos nuevos pero también es necesario recordar aquella frase de Aristóteles cuando afirmaba que siempre es un mal procedimiento el tratar de explicar una realidad por procedimientos más complicados que la realidad misma. En la historiografía española contemporánea y, específicamente, en la del siglo **XX**, tenemos muchos testimonios de cómo el empleo de una metodología complicada se traduce en la práctica no por un mejor conocimiento sino por un desconocimiento en la práctica de la realidad del acontecer pasado. En parte ello se deriva de elegir cuestiones que no son excesivamente relevantes y, en parte, también de emplear procedimientos que no tienen verdadera valía para aprehender la cuestión investigada. Por ejemplo, el centrar la renovación metodológica en el estudio del movimiento obrero ha conducido a potenciar un aspecto concreto de la Historia española cuya significación no es tan grande. La sociedad española, si por algo se caracterizaba antes de la Segunda República, es por la ausencia de movilización política; en este sentido el movimiento obrero resultaba con frecuencia irrelevante. A pesar de ello, un historiador ha escrito que «intentar la Historia del movimiento obrero es situarse en la columna vertebral misma de la Historia». Resulta, además, peregrino que se haya estudiado mucho más el movimiento obrero que a los propios obreros, cuando lo lógico sería precisamente que se estudiara su forma de

vida antes de su organización. Parece evidente que algunos procedimientos tomados de la Sociología política han dado, también, un resultado muy escaso: la cuantificación de los resultados electorales constituye un buen ejemplo y otro lo es el estudio de las élites políticas en el régimen dictatorial de Franco cuando no se conocen los fundamentos mismos de la evolución política en dicho régimen. Pero sucede, además, que así como la innovación metodológica parece haberse centrado en campos como los mencionados, sin embargo, no se ha producido ninguna innovación propiamente dicha de las que han sido recogidas por la historiografía de otros países. Carecemos de estudios basados en la influencia de la Antropología y de la Psiquiatría, de trabajos sobre la sexualidad, la diversión o la naturaleza del poder y conocemos insuficientemente la historia de la educación, de la familia y de la mujer.

Sería necesaria, además de la descripción de estos inconvenientes, la promoción de algún tipo de actitudes positivas. Hay algunas que han quedado implícitas en las líneas precedentes. Me parece, por ejemplo, evidente que el recurso a la fuente inédita y de primera mano es absolutamente fundamental. Me voy a limitar, por lo tanto, a dos actitudes que me parecen fundamentales para enfocar la Historia de nuestro pasado más reciente y a un periodo que, insuficientemente conocido en el momento actual, debe constituir la frontera de la historiografía española.

Me parece que en la Historia contemporánea española más reciente se hace especialmente necesaria aquella tesis de Taylor según la cual el historiador debe «poner en duda todo: que los hombres políticos hayan tenido planes, por ejemplo, o que no los hayan tenido en absoluto». Puesto que la Historia española es una sucesión de ensayismos es necesario contrastar incluso las opiniones más comúnmente aceptadas (o aquellas que por las circunstancias políticas o sociológicas resulten más fácilmente dignas de entusiasmo en un determinado momento) y someterlas al contraste con el documento original o con la interpretación más afinada. Tenemos abundantes ejemplos recientes de lo positiva que resulta esta voluntad de iconoclastia. La interpretación que, por ejemplo, se ha dado acerca de los sindicatos amarillos barceloneses como puro instrumento de la patronal aparece, en un libro reciente, discutida a fondo y con motivo: podían ser el precedente de un sindicalismo fascista pero no eran exclusivamente patronales. También cuestiones como la represión política en los dos bandos durante la guerra civil son susceptibles a reinterpretaciones que, de hecho, se están llevando a cabo en los últimos tiempos. La floración de estudios sobre el antifranquismo no debiera hacer olvidar que el régimen, en realidad, no tuvo especiales problemas para su mantenimiento durante décadas y que la sociedad española fue una sociedad desmovilizada durante ellas.

La segunda actitud que me parece importante para un historiador de la contemporaneidad española es la que yo denominaría como la obligación comparativa. Esta obligación tiene dos aspectos. En primer lugar, es necesario construir en España una historiografía local como la que existe en otros países. La historiografía de este género puede concluir en la pura erudición provinciana o

en la promoción de una voluntad regionalista realmente inexistente, pero también en el reconocimiento mucho más concreto y, por lo tanto, mucho más claro y ejemplificado^ de la evolución de la sociedad española. Pero la obligación comparativa es necesaria también con respecto a la del proceso histórico de otros países. La comparación adquirirá especial sentido si se hace con respecto a las naciones de semejante estructura social y tradición cultural, como es el caso de Italia y Portugal. De hecho, en un momento en que la historiografía española ha llegado a su mayoría de edad, las aportaciones de estudiosos extranjeros, fundamentalmente anglosajones, tienen un especial sentido porque proporcionan a los historiadores españoles un conocimiento comparativo que hace olvidar la peculiaridad de su propia trayectoria. En este sentido, por ejemplo, el estudio de Linz acerca de la crisis de la democracia española o el de Mea-ker acerca del origen del comunismo en nuestro país, son especialmente reveladores. En definitiva, tales tipos de estudio no hacen otra cosa que demostrar, si necesario fuera, que la trayectoria histórica española no tiene nada de radicalmente peculiar con respecto a la de otros países de nuestro mismo contexto so-ciocultural.

Finalmente, el historiador de la contemporaneidad debe tener en cuenta que la verdadera frontera de nuestra historiografía está, en el momento actual, no ya en la República o en la guerra civil, como fue desde la segunda década de los sesenta, sino en la etapa del franquismo. Tal traslación de los intereses historiográficos se está produciendo en los últimos años y es, desde luego, perfectamente legítima aunque, indudablemente, viene acompañada de un interés no propiamente historiográfico sino periodístico e, incluso, político acerca de ese inmediato pasado. Pero el historiador no tiene que trabajar sobre aquella época con una voluntad de compromiso retrospectivo sino, simplemente, porque la mitad de nuestro siglo XX se ha desarrollado bajo tal régimen político. Además es, desde luego, posible hacer la historiografía del franquismo como se ha hecho la historiografía del fascismo en Italia, por ejemplo. Muchas veces traerá consigo decepciones o, incluso, alguna ducha de agua fría, pero también en Italia un De Felice, por ejemplo, ha escrito que el régimen musoliniano se benefició de unos «años de consenso» en los que era aceptado por la mayor parte de la población. Probablemente los historiadores españoles tengan que hacer como los italianos: enfrentarse con cuestiones desagradables desde esa perspectiva de habitual iconoclastia. Para quien dude bastaría con recordarle las palabras de Améndola, el conocido historiador comunista de la resistencia italiana al fascismo, de acuerdo con las cuales «si después de treinta años no somos capaces de desvelar esta realidad del fascismo es que sus males han afectado demasiado a la propia entraña de la sociedad italiana».

Aquí concluye esta reflexión de un historiador de la política española contemporánea en el siglo XX. La Historia contemporánea está no sólo presente sino, a veces, demasiado presente en la vida pública española. Eso, que es extraordinariamente satisfactorio a menudo, puede constituir, también, una adulación peligrosa para los historiadores que pueden llegar a ver en su tarea una

misión cuasi providencial. Las tesis que se han defendido aquí son mucho más modestas. En definitiva, lo que se pretende defender en estas páginas es la necesidad de una historiografía más profesional en la utilización de las fuentes y en la narración de la Historia; más comprometida con la verdad que con una inmediata construcción del presente; menos provinciana y, por lo tanto, más exigente consigo misma y, en definitiva, más deseosa de innovación verdadera que de una pretensión metodológica omnicomprensiva.

J.T.*

* Catedrático de Universidad.